Con los ojos cerrados

por Leonardo S. De Seta



* 1. I: Héctor

*(Cierro los ojos)*

Tenía 83 años cuando morí. Era una tarde soleada de otoño, aunque no recuerdo el año que pasaba, ni el mes, ni el día. En esa época de mi vida el tiempo ya no tenía mucho sentido para mi, y transcurría de forma extraña. Estaba recostado en mi cama, intentando descansar. Me sentía muy cansado en ese entonces. En un momento respiraba lentamente, lentamente, quizás con dificultad, y al siguiente instante ya no respiré más. No fue un momento ni trágico ni dramático, sólo definitivo.

Lo que nunca perdí fue mi memoria auditiva: recuerdo claramente estar escuchando música antes de morir. Desde una radio que parecía lejana sonaba una canción que me rememoraba momentos de mi infancia. Mi padre me había hecho escuchar ese tema cuando era muy chico. “Es sobre zombies que bailan en las calles”, me dijo al verme bailando sin ritmo la primera vez que lo escuché, disfrazado con una toalla atada al cuello imitando la capa de un superhéroe. Me resultó confuso y triste pensar en muertos que intentaban bailar sin lograrlo del todo. Más de grande me enteré que el cantante había sido un hombre muy talentoso, que había nacido negro para luego ganar mucho dinero para luego convertirse en blanco para luego operarse el rostro y dejar de parecerse a si mismo para luego morir en soledad. Eso también me resultó confuso y triste.

El día antes de morir me había encontrado con Héctor. Nos reunimos al mediodía en el bar de la esquina de su casa, como lo veníamos haciendo hacía ya incontables años. No nos gustaba la comida y los precios eran caros, pero el lugar nos traía recuerdos, y a esa edad los recuerdos eran una de las pocas cosas que valorábamos realmente. Nos sentábamos en la misma mesa de siempre, a tomar las mismas bebidas de siempre, y en muchas ocasiones tan sólo dejábamos pasar el tiempo en silencio. Lo malo de tener una amistad por mucho tiempo es que se van agotando los temas para hablar, y se generan largos silencios. Lo bueno de tener una amistad por mucho tiempo es que no se hace necesario llenar esos silencios.

“Ayer Federico me dijo que se va a casar de nuevo”, le dije. “Todavía me acuerdo cuando lo llevaba a la plaza. Ahora entiendo eso de que la vida pasa en un abrir y cerrar de ojos”, me contestó. Y se quedó con la mirada perdida, observando el mundo pasar por la ventana detrás mio. Héctor tenía momentos así.

Esa noche Héctor me llamaría por teléfono para preguntarme si estaba bien. Héctor también tenía momentos así. “Estoy feliz”, le respondí. Pocas veces en mi vida había sentido esa felicidad y serenidad, de saber que todo iba a estar bien. Esa paz recuerdo haberla experimentado la primera vez que me enamoré, por ejemplo.

* 1. II: Liliana

*(¿Dónde estoy?)*

Mi madre me llevó a mi primer día en la escuela primaria en un auto pequeño y verde que tenía. Pocas semanas después ella conseguiría un trabajo de tiempo completo, y sería mi abuela quien me acompañaría caminando, bien temprano a la mañana. Pero ese primer día fue mi madre quien me dejó frente a las dos grandes puertas del colegio. Me sentía orgulloso de mi guardapolvo blanco, de mi pequeña mochila azul oscuro, de mi cartuchera llena de útiles nuevos que no sabía bien para qué servían. Nos hicieron formar fila en el patio del colegio, varones a la derecha, mujeres a la izquierda. El patio parecía inmenso, repleto de pequeños y grandes uniformes blancos, ordenados hasta el horizonte. Años más tarde visitaría de nuevo ese mismo patio, y lo encontraría muy pequeño, encogido, despojado del manto de solemnidad que solía tener.

Liliana era una compañera de mi clase. Tenía el pelo rojo y lacio, y era largo, muy largo, casi hasta su cintura. Tenía pecas también, y sobre su piel pálida destacaban aún más. Y era hermosa. Aunque su belleza no sería evidente al principio, sino unos años después.

Es curioso como la belleza y el tiempo se complementan, se necesitan mutuamente. Recién después de compartir 4 años en el colegio, y cuando estaba por cumplir mi noveno año de vida, comencé a contemplar a Liliana como alguien hermoso. La miraba cuando entraba al aula, con una sonrisa amable, siempre una sonrisa. Imaginaba lo que se sentiría caminar tomando su mano, bajo los árboles que había cerca de mi casa. Ahora estoy convencido que la belleza sin el tiempo no podría existir, y que el tiempo sin la belleza no tiene sentido.

*(¿Quién respira cerca mio?)*

Liliana era tímida como yo, y eso nos acercaba y alejaba a la vez. Una vez le compré un chocolate en el kiosco del patio de la escuela, y me lo comí antes de dárselo por vergüenza. Otra vez dibujé en una hoja rayada a ella y a su perro volando sobre una alfombra mágica, lo guardé dentro de un sobre que decía “Para Liliana”, y tiré el sobre a la basura. Y en otra ocasión, ya cuando tenía diez años, tomé un lápiz y le escribí una poesía que hablaba sobre la Luna y las estrellas, y logré juntar coraje y dársela. Ella se rió de mi poesía, me dijo que era horrible, que las rimas eran malas, que el texto era muy corto, que el tema era cursi, y me dio un beso.

La semana siguiente Liliana y yo caminamos tomados de la mano en el patio del colegio. Fuimos el blanco fácil de burlas, pero no me importaba. Fueron meses eternos de inocente felicidad.

Un día, sentados en una pared del patio durante el recreo, Liliana me contó que sus padres se habían comprado una casa lejos del barrio, que se iban a mudar, y que la cambiarían de colegio. “No”, le dije. “En un abrir y cerrar de ojos me vas a olvidar”, me dijo. “No”, dije de nuevo, aunque no estaba seguro para quién era esa respuesta.

Dos meses más tarde Liliana se iba del colegio y no la vería nunca más.

* 1. III: Federico

*(¿Quién me sostiene en sus brazos?)*​

Mi hijo nació una semana antes de conseguir un trabajo nuevo, y tres semanas después de que me separé. Fueron momentos hermosos, el nacimiento y la separación. Dos inicios de algo mejor.

Cronológicamente, la separación fue lo primero. En una noche de verano y con una caja de pizza todavía sin abrir sobre la mesa de la cocina, Sabrina me miró a los ojos y me dijo: “Sos un hijo de puta, no te aguanto más”, y se fue. Algo de razón tenía.

Prendí la radio, y esa noche cené solo por primera vez en mucho tiempo. El cantante se quejaba meditabundo sobre alguien que hace que hace pero no hace, sentimiento confuso que sin embargo entendía a la perfección. Si hubiera hecho más en vez de simulado hacer, habría terminado la relación con Sabrina con tacto, con tiempo, y sin un hijo en camino. Y sin embargo, elegí callar, lastimar para no lastimar, herir para sanar. Que maravillosa capacidad para tomar decisiones incoherentes. Que patética excusa para mi accionar.

Al día siguiente de que Sabrina se fue, me desperté y lloré. Y reí. Y volví a llorar. Ese mismo día renuncié a un trabajo mediocre para buscar otro trabajo mediocre pero mejor pago.

Nuestro hijo nos separó y unió a la vez. Cuando presencié el nacimiento de Federico me prometí estar presente en su vida, verlo crecer y esperar que experimente sus propios errores. Vi sus ojos por primera vez, grandes, verdes como los de Sabrina, asustados como los míos. Parpadeó lentamente. Y volvió a mirarme, ahora sin miedo. Lo sostuve en mis brazos, lo acerqué a mi pecho y cerré los ojos, quedando en silencio y soledad con él. Éramos Federico y yo, solos en el universo, flotando entre la Luna y las estrellas. Incluso ahora atesoro ese momento, de felicidad pura y completa.

*(¿Quién acaricia mi mano?)*

Abrí los ojos para mirar a Sabrina y le dije: “¿Volvemos a intentar?”. “Si”, me dijo.

Conduje a nuestro departamento, Sabrina en el asiento de atrás con Federico en sus brazos, abrigado con una manta celeste. Esa noche no dormimos: nos quedamos junto a Federico, mirándolo profundamente, construyendo futuros imaginarios. Federico dormía. ¿Soñaría con su vida? ¿Imaginaria lo que le depararía el futuro? ¿Tendría ya anhelos, deseos?

Pocos días después comencé a trabajar nuevamente, en un local a pocas cuadras de la casa de mi infancia. Pensaba en Federico todo el tiempo, y así se me hacía tolerable la rutina diaria que había elegido.

Un día me enteré que mi jefa había sido amiga de Liliana, y que Liliana había muerto hacía dos años en un accidente absurdo en la calle, cuando un conductor se agachó a buscar un cigarrillo que se le había caído, perdió el control de su vehículo y se subió a la vereda, atropellando a Liliana y matándola en el acto. “La vida pasa en un abrir y cerrar de ojos”, me dijo mi jefa, “y cuando querés darte cuenta, ¡pum!, te pasa por arriba y nada tiene más sentido”. Mi jefa era frívola y pretendía ocultar su insensibilidad con frases hechas. Yo no me sentí ni triste ni apesadumbrado, ni siquiera un poco incómodo. Ese día aprendí que, con tiempo, hasta el amor puede desaparecer. Y me di cuenta de algo más fundamental: deseaba con todo mi corazón que los últimos momentos de Federico y los míos tengan más sentido. Ahora, más sabio, me pregunto para qué.

Varios años más tarde Sabrina y yo nos separamos definitivamente, esta vez pretendiendo ser adultos pensando en el bienestar de nuestro hijo adolescente. En el fondo, seguíamos siendo egocéntricos egoístas. Yo al menos nunca dejé de serlo.

* 1. IV: Sebastián

*(¿Quién quiero ser?)*

Recuerdo envejecer, escuchar la radio y morir descansando en mi habitación. Recuerdo a Federico, casándose por primera vez, sufriendo por amor, y recomponiendo su vida con una persona a la que yo no llegaría a conocer por completo. Recuerdo verlo crecer, visitándome por la tarde en mi casa, con su uniforme del colegio, para pedirme consejos sobre cómo hacer que la chica que le gustaba le prestara atención. Recuerdo a Héctor, riendo en bares y compartiendo historias reales e inventadas. Recuerdo a Sabrina, mirándome con ojos tristes por los errores que yo había cometido. Recuerdo a Liliana, caminando despreocupada por el patio del colegio.

Recuerdo sentir la lluvia sobre mi rostro, caminar por calles concurridas, saltar para tirarme a la pileta de un hotel mientras mis padres me miraban a la distancia, emborracharme y prometer en vano que nunca más tomaría alcohol, reírme hasta que me duela la panza, prender mi primera fogata en un campamento, besar a Liliana y creer que alcancé el cielo, tener sexo por primera vez y olvidarme el nombre de la chica al despertarme, morder un helado y que me duelan los dientes, sentir el pasto bajo mis pies descalzos, escuchar la radio leer revistas sentir amor odio miedo ira alegría incertidumbre nervios satisfacción impotencia felicidad correr cocinar pedalear trepar regalar ofrecer rechazar amar aceptar abrazar respirar envejecer vivir aprender crecer nacer.

Un gigante extraño pero conocido me sostiene en sus brazos contra su pecho, me mira profundamente a los ojos y me susurra “Bienvenido al mundo”. Parpadeo lentamente, y en ese instante con los ojos cerrados olvido todo para empezar a vivir.

*Abro los ojos.*

—  
19 de noviembre de 2014